

Zorita Gallardo

## El mago y la serpiente

A don Rogelio le quedaba muy poca vida. Sus ochenta y cinco años parecían muchos más.

Desde que murió su hijo, la miseria lo había arrinconado en un hogar para indigentes. Don Rogelio supo que había llegado a la ciudad, desde la selva colombiana, un mago. La noticia se difundió rápidamente, no sólo porque había hecho bailar a un cojo, le había quitado las verrugas a una nena, hizo ver a los ciegos, sino también porque además daba plazo para el pago. El mago llegaba oportunamente a la vida del anciano.

Para no alargar más la historia, diré que saber de él y correr a verlo —en la medida en que la artritis y el enfisema lo permitieron— fue todo uno. Don Rogelio se fue a la hora en que todo el mundo duerme, a ponerse en la fila de quienes creían merecer un favor de tan bondadoso señor.

Cuando las campanas de la iglesia tocaron las doce del mediodía, entró en la sala de la consulta del mago. Éste vestía una túnica negra, en el pecho tenía bordada una serpiente verde con el lomo arqueado tres veces, le señaló un asiento. Vio una mesa cubierta con una carpeta granate de bordes dorados y sobre ella una lámpara cuya luz se prodigaba en seis haces. Don Rogelio se acercó un sillón de donde saltó, molesto, un gato negro. Escondió sus manos deformadas por la artritis, trató de apaciguar la respiración agitada y acercó la cabeza para escuchar mejor.

—Antes de comenzar, ¿sabes qué horas son? —dijo a modo de saludo el mago.

—Sí, el reloj de la iglesia acaba de dar las doce. Por favor, hábleme fuerte que no oigo nada de bien.

—Mi reloj es tan caprichoso. Un momento, voy a darle cuerda ¿Qué vienes a buscar?

—Dos cosas quiero pedirle, su mercé —respondió, tratando de descubrir algo en aquel semblante inescrutable.

—Yo sólo concedo una, ¿por qué contigo haría una excepción?

—Bueno, este... —balbuceó con la respiración entrecortada don Rogelio.

—Mira, yo soy de actuar rápido. Vamos al punto. Por ser la persona más vieja que he atendido, trabajaremos en esos dos deseos. ¿Cuáles son?

—Se lo agradezco mucho. Con todo respeto, le pido volver a los treinta y cinco años y a la situación económica que tenía.

—Bien, sea —dijo el mago con parquedad. Y mirando intensamente al anciano, agregó—: Mira, como yo no puedo ayudar a mis familiares, el pago será el siguiente: cuando tengas de nuevo la fortuna a tu lado, debes darle una cantidad razonable a mi sobrino Rafael, quien, para vergüenza de toda la familia, nunca aprendió magia y siempre anda necesitado.

—Con todo gusto, su mercé. —Volvió a decirle «su mercé» porque era la primera vez que trataba a un mago, aunque no estaba seguro de que fuera el modo correcto—. ¿Cuánto es una cantidad razonable? —preguntó para asegurarse.

—Serás muy rico, ¿qué te parece cinco mil dólares?

—De acuerdo —dijo, y pensó que para un hombre de fortuna esa cantidad era la nada misma.

—Bueno, mírame, primero te voy a enseñar a relajarte.

Todo lo demás fue coser y cantar. Cuando despertó después de la relajación, don Rogelio respiraba mucho mejor, no le dolían tanto los huesos, ni las manos estaban tan deformadas. Se despidió; al salir, ya era otro hombre. De repente, se sintió como de sesenta y cinco años. No tenía asma, sólo una leve bronquitis.

Su hijo lo estaba esperando, le pareció que tenía cara de enfermo; pero no dijo nada, el joven era grandecito para ocuparse de sí mismo. Lo oía bastante mejor, como si le hubieran destapado los oídos. Ambos se dirigieron a la mansión de la familia.

A la mañana siguiente, se sintió como si no tuviera más de cincuenta y cinco años, rejuvenecimiento que confirmó en un espejo. Tenía algo de calvicie, pocas arrugas y se enorgullecó del vigor de sus músculos. Con el café, encendió un cigarro ¡hacía tiempo que no aspiraba un buen habano! Sólo tenía un poco de tos. Con arrogancia, comprendió que no necesitaba medicamentos. En las paredes del comedor vio que los tres cuadros al óleo dejaban mucho espacio entre sí.

Debía ir a trabajar, pues de él dependían nueve empleados. El chofer le avisó que el Volvo lo esperaba. Ya se iba, cuando el ama de llaves le mencionó que, esa tarde, vendría la señorita Luisa a cenar. Desde que enviudó, la mentada señorita proporcionaba a su vida algunas horas de *allegro vivace*. Sonrió contento de haber recuperado su erguido caminar de un metro ochenta, las rodillas habían rejuvenecido, oía bien y solamente tenía una que otra tosecita.

Al llegar a la oficina ya respiraba normalmente y podía disfrutar con tranquilidad sus cigarros. En el espejo del ascensor, vio con embeleso que tenía todo el cabello, todos los dientes, su piel era tersa, no usaba lentes, estaba muy bien para los cuarenta y cinco años que por vanidad nunca declaraba.



Cuando llegó a la oficina, lo llamó por teléfono su señora, a fin de que no olvidara la botella de whisky para la tertulia con su padre. Era muy cómodo que su esposa le recordara sus compromisos familiares. Sostuvo reuniones con gerentes y representantes de transnacionales, chequeó los valores de la acciones, vendió algunas y compró otras, era difícil mantenerse entre los mejores.

Llamó al garaje para saber si ya le habían hecho la revisión de los diez mil a su Mercedes deportivo. Aún le quedaba dinero para mantener ese costoso toque de distinción. Momentos después lo contactó Amanda, una chiquilla loca por su dinero que deseaba ratificar el encuentro de la media tarde en el Sheraton. Estaba en medio de esa vorágine de compromisos, cuando a su oficina se presentó Rafael. Pregúntele qué desea, le indicó molesto a la secretaria. Cuando tuvo la respuesta, don Rogelio le dijo que, por favor, pasara la próxima semana.

Esa tarde, después de estar con Amanda, asistió a un par de reuniones más, y luego regresó al hogar. Cuando entró en la mansión, le pareció renovada, se complació con el sobrio estilo inglés de los muebles y le encantó la alfombra nueva. Los siete cuadros al óleo del comedor eran de muy buen gusto y revelaban la solvencia de la familia. Halagó al ama de llaves y cuando ésta lo ayudó con el saco, lo tocó con familiaridad, gesto que le recordó algunas tórridas visitas a su recámara. El suegro ya había llegado, cenaron en medio de la alegría familiar. El hijo estaba con muy buen semblante y se bebieron todo el Chivas Regal. Cuando las visitas se retiraron, don Rogelio salió de parranda con los más allegados de sus veinte empleados.

Estaba pletórico de energía, de trabajo, de amigos y de mujeres, saboreaba plenamente este *concerto grosso*. Durante la noche anterior, había vuelto a estar con las mellizas Diez, quienes no demoraban nada en desnudarse en las fiestas. Antes de amanecer ya se sentía de treinta y cinco, y con una vitalidad que bien podría responderle a las quintillizas Dione.

Pasó por la casa, para cambiarse de ropa y tomar un buen café. Subió al dormitorio de su esposa, al besarla apreció su juventud y belleza con aquel

negligé transparente. La animó diciéndole que esa noche llegaría más temprano y la fiesta sería para ellos dos solos. Bajó al comedor por su desayuno. El ama de llaves, con su cintura de avispa y caderas tentadoras de manzana original, estaba de muy mal humor. Él le dio unos pellizcos cariñosos cuando la muchacha se inclinó a servirle el café. Al verla sonreír, le anticipó que por la noche la visitaría y le pidió que tuviera la cama calentita.

Al llegar a la oficina, un grupo de socios lo estaba esperando con champagne. Se habían hecho públicos los resultados de sus aciertos en la compra de acciones, todas sus inversiones habían subido al doble, ¡era multimillonario! Ese día ofreció un discurso de estímulo a sus cincuenta empleados. El teléfono no dejó de sonar toda la mañana, eran amigos, amantes, socios y nuevas ofertas de negocios. También llamó Rafael, no lo atendió, ése era un día demasiado intenso, se ocuparía de aquel asuntito mañana.

Cuando apareció de nuevo Rafael, don Rogelio le concedió una breve entrevista para decirle que le era imposible atenderlo y por qué no buscaba trabajo, en vez de andar pidiendo a extraños la nada despreciable cantidad de cinco mil pesos.

Al día siguiente, el mago se presentó en su oficina, don Rogelio le ofreció asiento, no lo vio molesto, como es habitual en aquellos seres sin tiempo, su expresión era inescrutable. Vestía la misma túnica negra con la serpiente verde en el pecho, el reloj de la iglesia marcaba el mediodía.

—¿Son las doce justas?

—Sí —dijo molesto ante lo obvio, el magnate.

—Este reloj es tan caprichoso. Un momento, voy a terminar de darle cuerda.

Miró intensamente a don Rogelio, quien antes de cerrar los ojos vio la carpeta granate de bordes dorados, la lámpara con seis rayos de luz y sus manos deformadas por la artritis.

